

ESPAÑA

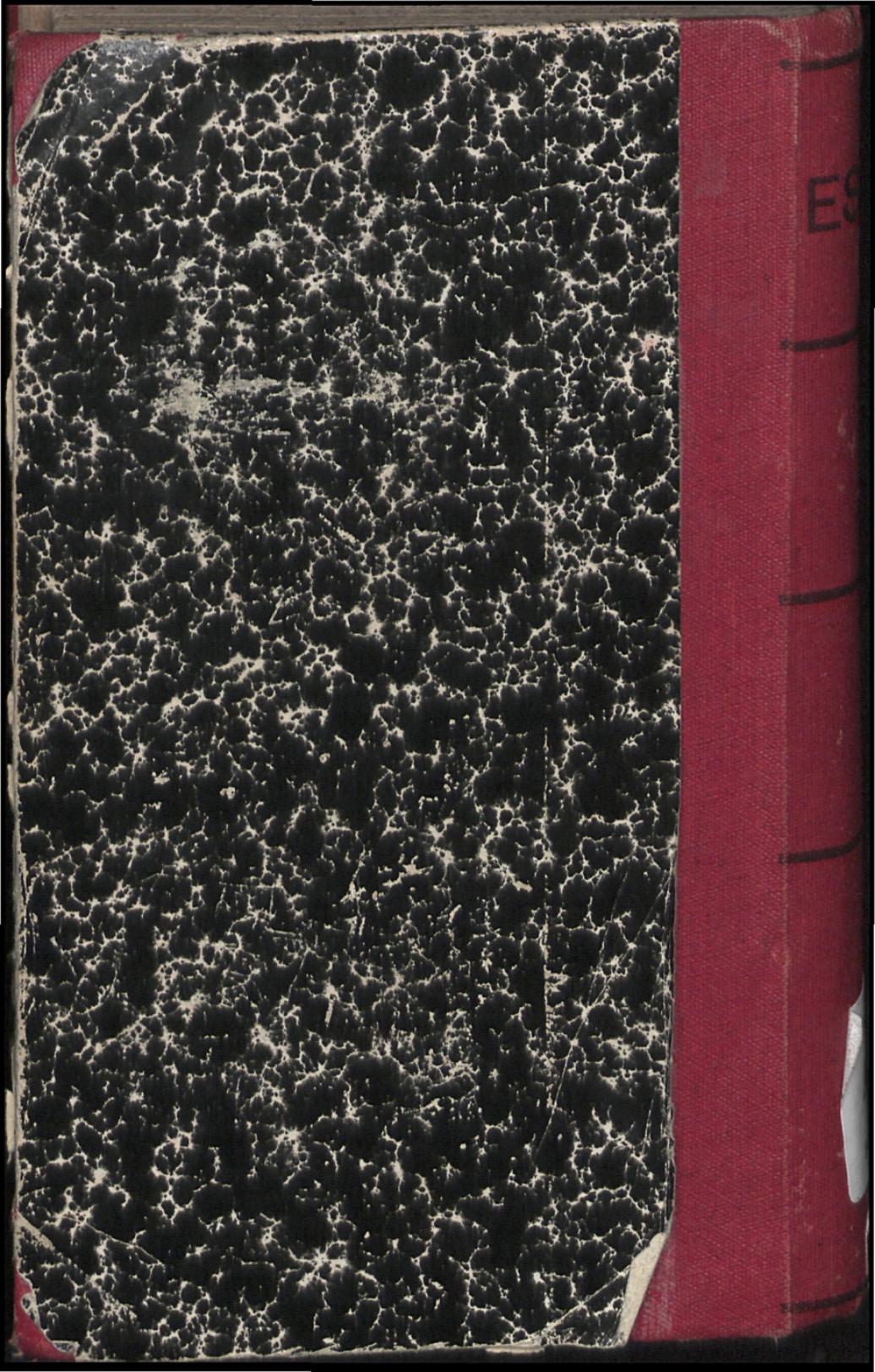


FONDO ANTIGUO

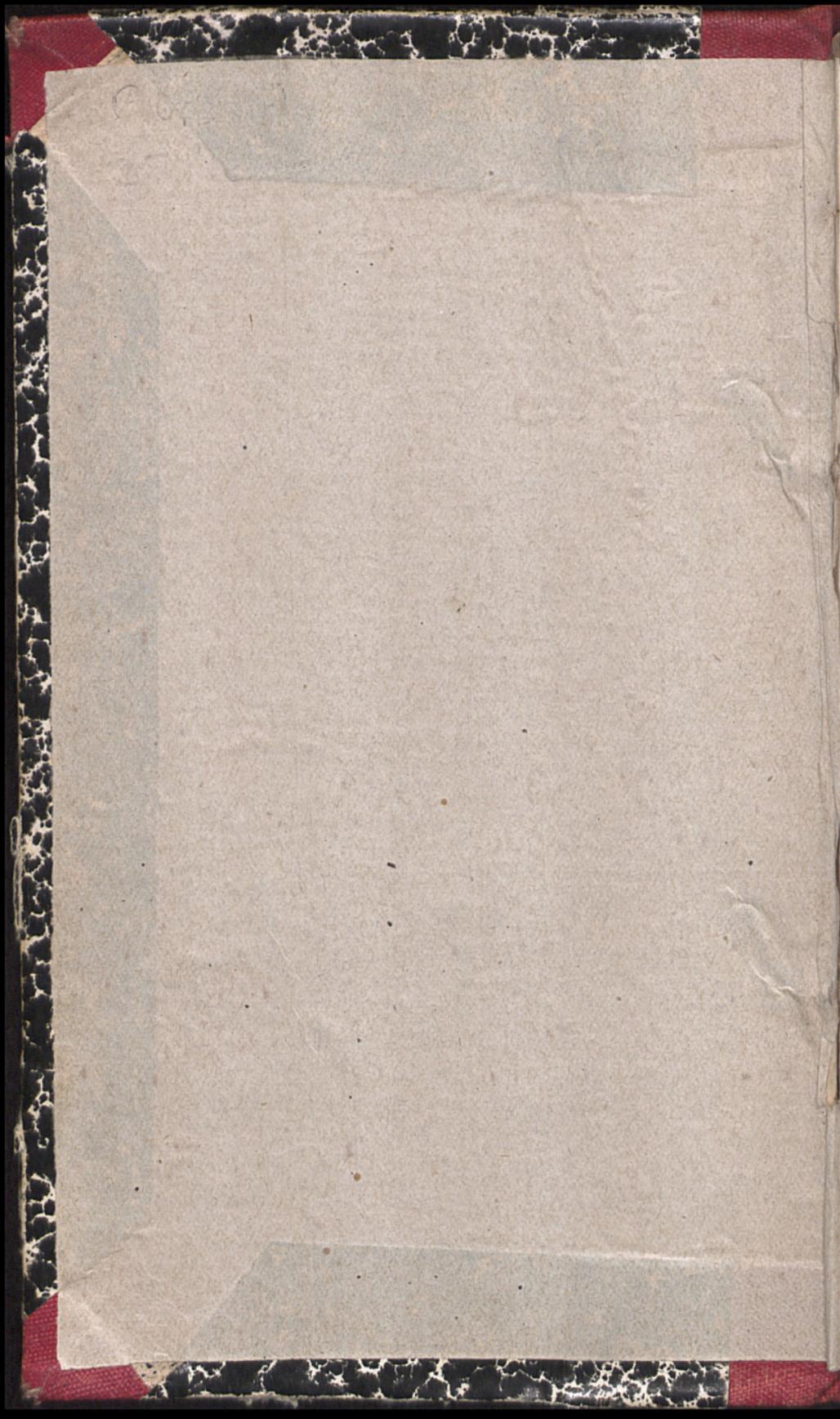
A-2734

Biblioteca Regional

120

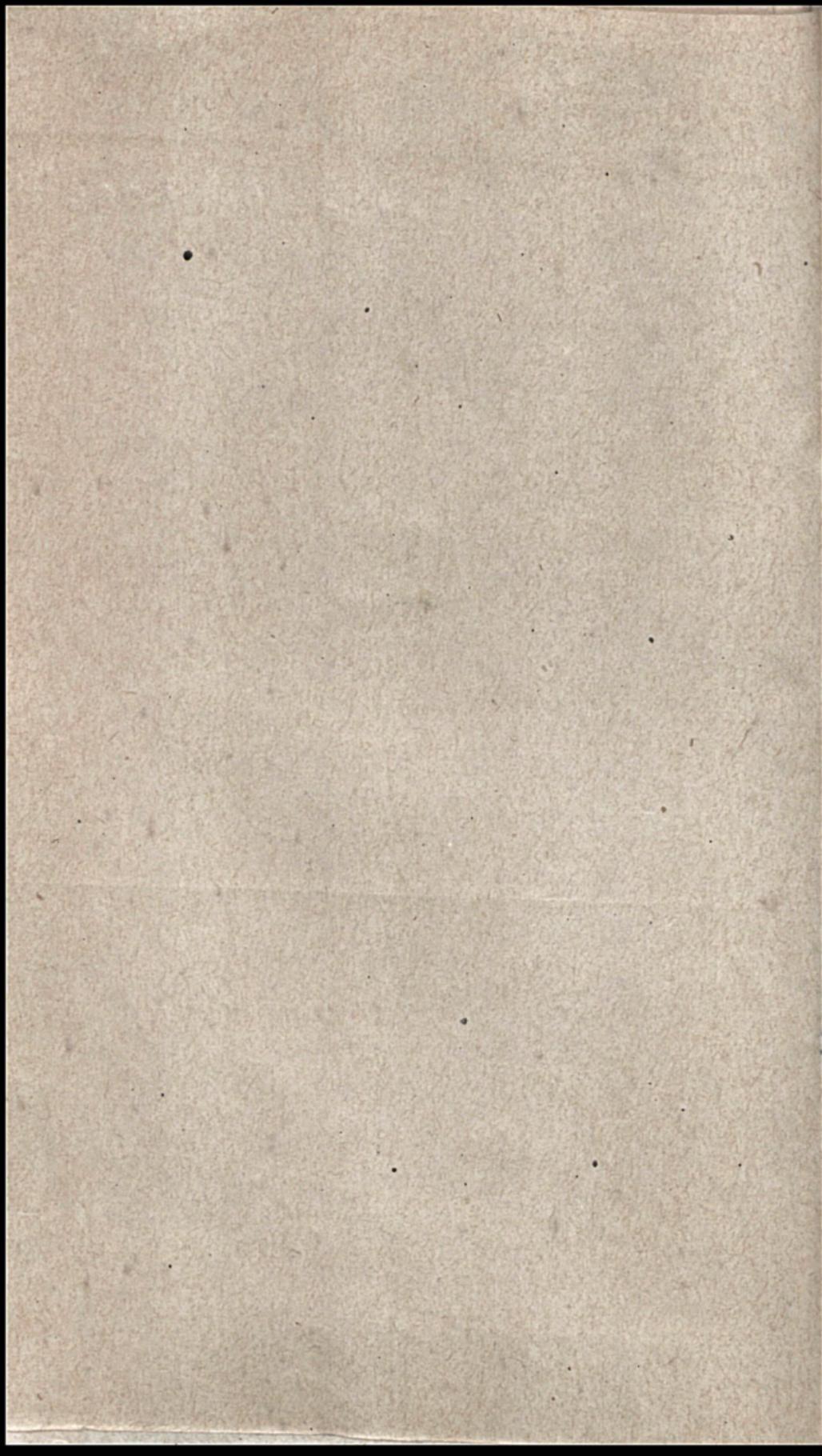


ES



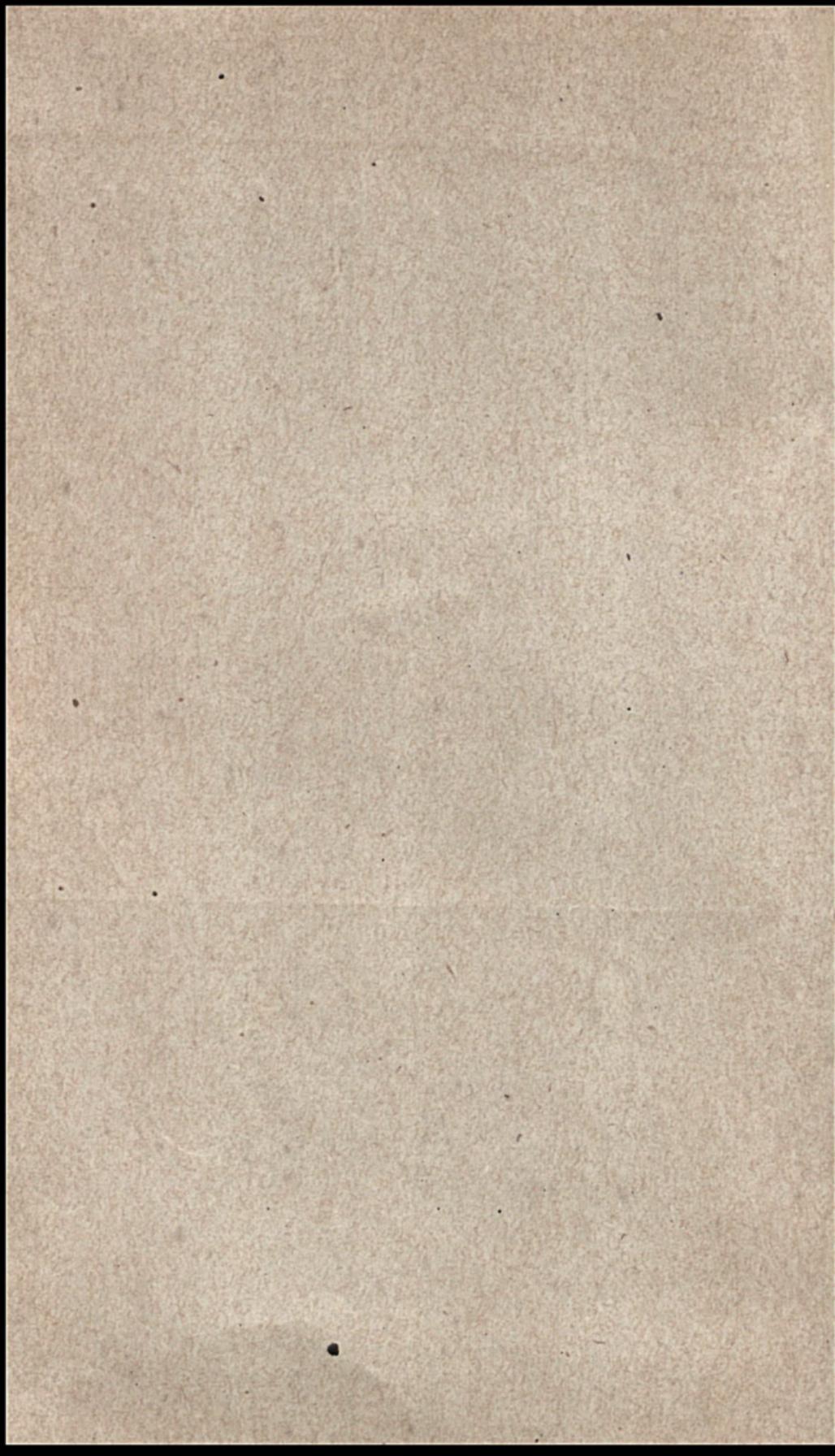
10105/2

GARCIA - ROMERAL 71



LIBRARY OF THE

ESPAÑA



A. 2734

R
139922

EDMUNDO DE AMICIS

ESPAÑA

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

RECUERDOS DE PARIS Y LÓNDRES, un tomo en 8.º,
2'50 pesetas en Madrid, y 3 en provincias.

MARRUECOS, con una noticia biográfica del autor
y retrato, un tomo en 8.º, 3'50 pesetas en
Madrid y 4 en provincias.

EN PRENSA.

HOLANDA.

CONSTANTINOPLA.

EDMUNDO DE AMICIS

ESPAÑA

VIAJE DURANTE EL REINADO DE

DON AMADEO I

TRADUCIDO DE LA CUARTA EDICION DE FLORENCIA

POR

AUGUSTO SUAREZ DE FIGUEROA

~~~~~  
*Segunda edicion española.*  
~~~~~

ADMINISTRACION
LIBRERÍA DE VICENTE LOPEZ
Calle de las Veneras, núm. 5.

MADRID—1883.

Es propiedad.



Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.

NOTAS DE LA PRIMERA EDICION.

El autor de este libro vino á España el año 1871, y recorrió la mayor parte de ella en el breve período de cinco meses.

Muchas de las cosas que él vió han cambiado desde entónces, y algunas otras (no sería justo ocultarlo) las vió ó refirió imperfectamente, como quien viaja sin ánimo de hacer estudios profundos sobre el país y sus moradores.

Observador finísimo cuando contempla, y espíritu siempre indulgente cuando juzga, Edmundo de Amicis ha vengado á España en el extranjero, por la exactitud y benevolencia con que nos trata, de las ofensas y despropósitos que otros autores nos infirieron y dijeron en sus libros. Esto bastaría para excusarle las pocas veces que un pormenor incompleto, ó un dato equivocado, llamen la atención de los lectores en el curso de las páginas siguientes. El traductor de Amicis ha creído preferible advertirlo aquí, de una vez por todas, á salvar con notas enojosas cada una de aquellas pequeñas imperfecciones.

Como en lo que toca á nuestra política y á nuestros hombres de Estado, el que lee ha de juzgar siempre con arreglo á sus particulares opiniones y preferencias, sería imposible satisfacerlas ni en este lugar ni en otro alguno.

Italia ha visto multiplicarse en poco tiempo las ediciones del libro cuya version castellana publicamos hoy. Alemania é Inglaterra lo tienen ya traducido. En Francia, en Austria y en casi toda Europa habia penetrado tambien, para satisfaccion de nuestro amor patrio y regocijo de las letras. ¡Cuántos sentimientos de simpatía le deberemos, quizá, los españoles que hemos pasado alguna vez las fronteras de nuestra tierra!

Por la extension y variedad de los capítulos ha parecido conveniente encabezarlos con un sumario ó resúmen de materias. Es la única novedad introducida en el original, que, salvos los defectos de traduccion, va íntegro á manos de los lectores españoles.

Madrid, Setiembre 1877.

ESPAÑA.

I.

BARCELONA.

Despedida.—De Turin á Perpiñan.—Un americano que viaja por amor.—¡En España!—Una posada de la frontera.—¿Qué hace el Rey?—Cómo visten los catalanes.—De Gerona á Barcelona: Grannollers, San Andrés de Palomar, Clot.—Barcelona florece.—El Carnaval.—La infantería española.—La Catedral: el cuerpo de Santa Eulalia; el Cristo de Lepanto.—Monumentos y edificios públicos.—El Cementerio.—Los cafés.—Un barbero carlista y una dama neo-católica.—Provincialismo.—Las bellas artes en Cataluña: Juan Boscan.—El castellano de los catalanes.—El teatro del Liceo.—*Adios, Barcelona, archivó de la cortesía!*

Era una mañana lluviosa de Febrero, poco ántes de que saliese el sol. Mi madre me acompañó hasta el descanso de la escalera, repitiéndome apresuradamente todos los consejos que solia darme desde hacia un mes: despues me echó los brazos al cuello, rompió en una explosion de llanto, y desapareció. Yo permaneci allí un momento con el corazon oprimido, mirando la puerta á punto casi de gri-

tar:—Abre! no parto ya! me quedo contigo!—Luego eché á correr escalera abajo como un ladron perseguido; y cuando estuve en la calle, parecióme que entre mi y mi casa se habian extendido ya las ondas del mar y levantado las crestas de los Pirineos; pero aunque de tanto tiempo atrás esperase aquel instante con impaciencia febril, no me sentia en modo alguno alegre. Hallé á la vuelta de una calle un médico, amigo mio, que iba al hospital, y á quien no habia visto hacia ya más de un mes. Me preguntó á donde iba, y le respondí que á España. No queria creerme: de tal modo mi rostro entristecido y melancólico estaba lejos de anunciar un viaje de placer. Por el camino, desde Turin á Génova, no pensé en otra cosa que en mi madre, en mi habitacion que quedaba vacía, en mi pequeña biblioteca, en las gratas costumbres de mi vida casera, á las cuales daba un adios para muchos meses. Pero así que hu- be llegado á Génova, la vista del mar, los jardines de Acquasola y la compañía de Anton Giulio Barili, me devolvieron la serenidad y la alegría. Recuerdo que cuando estaba para saltar á la lancha que debia conducirme al buque, un criado de no sé qué fonda me dió una carta, la cual sólo contenia estas palabras: «Tristes noticias de España. En tiempos de lucha contra el Rey, la situacion de un italiano en Madrid sería peligrosa. ¿Insistes en partir? Piénsalo.» Salté á la lancha, y andando. Poco ántes de que el buque partiese, llegaron dos oficiales á decirme adios: paréceme aún verlos erguidos en medio de su bote, cuando el buque comenzaba á moverse.

—Tráeme una espada de Toledo,—gritaban.

—Tráeme una botella de Jerez.

—Tráeme una guitarra. Un sombrero andaluz.
Un puñal.

De allí á poco no ví más que sus pañuelos blancos, y oí su último grito: intenté responderles; pero la voz se me quedó ahogada en mitad de la garganta: me eché á reír, y me pasé una mano por los ojos. Poco despues me instalé en mi escondrijo, y adormecido de un sueño delicioso, pensé en los consejos de mi madre, en el portamonedas, en Francia, en las andaluzas. A la hora del alba salté del camarote, y subí en seguida á popa: estábamos á poca distancia de la costa; era ya costa francesa; el primer pedazo de tierra extranjera que veía. ¡Curioso! No podia saciarme de mirar, y mil vagos pensamientos cruzaban por mi cabeza: ¿es la Francia? ¿es verdaderamente la Francia? ¿Soy yo mismo quien está aqui? Asaltábanme dudas sobre mi propia identidad. A medio día comenzamos á ver Marsella. La primera vista de una gran ciudad marítima produce como una especie de aturdimiento, que impide el placer de la admiracion. Veo, como á través de una niebla, un inmenso bosque de naves, un barquero que me alarga la mano hablándome no sé qué jerga incomprensible, un aduanero que me hace pagar, ignoro en virtud de qué ley, *deux sous pour les prussiens*; despues una oscura habitacion de fonda; despues calles larguísimas, plazas sin límites, un ir y venir de gente y carruajes, compañías de zuavos, divisas militares desconocidas, millares de luces,

millares de voces, y á la postre una melancolía y un cansancio profundos, que acaban por un sueño penoso.

Al amanecer del dia siguiente me hallaba en un coche del camino de hierro que va de Marsella á Perpiñan, en medio de unos diez oficiales de zuavos llegados el dia ántes de Africa, cuál con muletas, cuál con baston, cuál con un brazo en cabestrillo; pero alegres y charlatanes como estudiantes. El viaje era largo: habia que procurar hablar; mas con lo que llevaba oido del enojo que sienten los franceses contra nosotros, apenas osaba despegar los labios. ¡Bah! Me dirigió la palabra uno de ellos, y trabamos conversacion:

—¿Italiano?

—Sí.

Fué una fiesta: todos, excepto uno, habian combatido en Italia: á uno de ellos lo habian herido en Magenta. Comenzaron á contar anécdotas de Génova, de Turin, de Milan; á preguntarme mil cosas, á describirme la vida que hacian en Africa. A lo mejor uno trajo á la colada al Papa. «Adios,» dije entre mí. ¡Cá! Era más *buzzurro* que yo: decia que debíamos *trancher le nœud de la question* y llegar hasta el fondo sin cuidarnos de los rurales. Entre tanto, á medida que nos acercábamos á los Pirincos, divertíame observando en los viajeros que subian al coche el progresivo alterarse de la pronunciacion; viendo cómo la lengua francesa moria, por decirlo así, en la española, y sintiendo cómo la España nos salia al encuentro; hasta que llegado á Perpiñan, al

meterme en una diligencia, oí los primeros *buenos días* y *buen viaje*, francos y sonoros, que me causaron infinito placer. En Perpiñan no se habla, sin embargo, el español, sino un dialectucho mezcla de francés, de marsellés y catalan, que desgarrar los oídos. La diligencia me dejó en una fonda entre gran confusión de oficiales, de señoras, de ingleses y de baules; un criado me hizo sentar por fuerza delante de una mesa aparejada; comí, me desollaron, me echaron en otra diligencia, y adelante.

Pobre de mí! Habia acariciado con el pensamiento durante largo tiempo el paso de los Pirineos, y me tocaba atravesarlos de noche: antes de que llegáramos á la falda de los primeros montes, estábamos ya en profunda oscuridad. Por largas y largas horas, entre el sueño y el desvelo, no ví más que un poco de camino alumbrado por el farol de la diligencia, tal cual negro perfil de montaña, y tal cual roca sobresaliente que casi se podia tocar alargando la mano fuera del ventanillo; ni oí más que el ruido cadencioso de los caballos, y el silbido de un malditísimo viento que no cesó un instante de soplar. Iba al lado mio un americano de los Estados-Unidos, jóven, el loco más original del mundo, que durmió no sé cuántas horas con la cabeza apoyada sobre mi espalda, y de rato en rato se desvelaba para exclamar con voz lamentosa.—*Ah quelle nuit! Quelle horrible nuit!*—sin aperebirse de que con su cabeza me daba bien distintas razones para prorumpir en el mismo lamento. Nos apeamos ambos en la primera estación, y entramos en una pequeña cantina para beber

un vaso de licor. Preguntóme si viajaba por negocios comerciales:

—No, señor,—respondí:—viajo por placer. ¿Y usted, si es lícito...?

—Yo,—dijo él con mucha gravedad,—viajo por amor.

—¿Por amor?

—Por amor.

Y me contó, sin ser requerido á ello, larga historia de una pasión amorosa combatida, de un matrimonio fracasado, de raptos, de duelos, de no se qué más, para decir en conclusion que viajaba por distraerse y olvidar á la persona amada. Procuraba, en efecto, distraerse lo más que podia; porque en todas cuantas posadas visitamos, desde aquella hasta Girona, no hizo más que retozar con las criadas, siempre con mucha gravedad, conviene decirlo; pero tambien con una audacia que el deseo de distraccion no bastaba á justificar.

A las tres de la madrugada llegamos á la frontera: —Estamos en España,—gritó una voz; la diligencia se detuvo; el inglés y yo saltamos de nuevo á tierra, y nos metimos llenos de curiosidad en otra posada, para ver á los primeros hijos de España entre las paredes de su propia casa. Hallamos una media docena de aduaneros, el huésped, su mujer y sus hijos, sentados en torno de un brasero: nos dirigieron al momento la palabra; yo hice muchas preguntas, y respondiéronme de un modo franco é ingénuo, que no creía hallar en los catalanes, pintados en los diccionarios geográficos como gente dura y de pocas

palabras. Preguntamos qué habia para comer, y nos sacaron el famoso chorizo español (una especie de salchichon *archilleno* de pimienta, que quema las entrañas), una botella de vino dulce y un poco de pan duro.

—Y bien, ¿qué hace vuestro Rey?—pregunté á un aduanero, luego que hube escupido los primeros bocados.

El aduanero á quien habia dirigido la palabra pareció un tanto embarazado, me miró, miró á los otros, y despues me dió esta curiosísima respuesta:

—Está reinando.

Echáronse todos á reir, y mientras yo preparaba otra pregunta más apremiante, sentí que murmuraban á mi oído:

—Es un republicano.

Volvíme, y ví al posadero que miraba al suelo.

—He comprendido,—respondí,—y cambié de discurso.

Montando de nuevo en la diligencia, mi compañero y yo reimos mucho de la advertencia del posadero, asombrados ámbos de que una persona de aquella clase tomase tan en sério las opiniones políticas de los aduaneros; pero en las posadas donde descendimos despues, escuchamos cosas bien distintas. Hallábase en todas ó un huésped ó un parroquiano que leía un periódico, y en torno un corro de campesinos que escuchaban. De cuando en cuando se interrumpia la lectura, y encendíase alguna discusion política que yo no entendia, porque hablaban catalan; pero de la cual lograba, sin embargo, coger el

concepto dominante, ayudándome del periódico que había oído leer. Pues bien: debo decir en justicia, que en todos aquellos círculos se respiraba un airecillo republicano que habría encogido la piel al más intrépido amadeista. Uno, entre otros, un hombron de entrecejo fiero y de voz profunda, despues de haber hablado largo rato, en medio de un círculo de mudos oyentes, se volvió hácia mí, y habiéndome tomado por francés, á causa de la inexacta pronunciacion castellana, me dijo con mucha solemnidad:

—Le diré á V. una cosa, caballero.

—¿Cuál?

—Le digo, —me respondió,—que España es más desgraciada que Francia.

Y dicho esto, se puso á pasear por la estancia con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho. Oí á otros hablar confusamente de Córtes, de ministros, de ambiciosos, de traiciones y de otras cosas terribles. Una sola persona, una muchacha de una posada de Figueras, al saber que yo era italiano, me dijo sonriendo:

—Ahora tenemos un rey italiano.—Y poco despues, marchándose, añadió con graciosa sencillez: —A mí me gusta.

Entramos, de noche todavía, en Gerona, donde el rey Amadeo, acogido con festejos, segun se dice, puso una lápida en la casa habitada por el general Alvarez durante el célebre asedio de 1809; atravesamos la ciudad, que nos pareció inmensa, llenos de sueño como estábamos, é impacientes por echarnos á dormir en un coche del camino de hierro; llega-

mos por fin á la estacion, y al rayar el dia salimos para Barcelona.

Dormir! Era la primera vez que veia levantarse el sol sobre España: cómo habia de dormir! Me asomé á una ventanilla, y no retiré ya la cabeza hasta Barcelona. Ah! ningun deleite puede compararse al que se experimenta entrando en un país desconocido, con la imaginacion preparada á ver cosas nuevas y dignas de ser vistas, con mil recuerdos de fantásticas lecturas en la mente, sin pensamientos, sin cuidados! Internarse en aquel país; vagar con la mirada, ávidamente, por todas partes, en busca de algo que os haga comprender, cuando no lo supiereis, que estais allí; reconocerlo poco á poco, acá en el traje de un campesino, allá en una planta, acullá en una casa; ver, á medida que se vá adelante, cómo menudean aquellas señales, aquellos colores y aquellas formas, y comparar cada cosa con la imágen que nos habíamos formado de antemano; encontrar alimento á la curiosidad en todo lo que nos cae bajo los ojos ó nos llega á los oidos: en los rostros de la gente, en los gestos, en el acento, en los discursos; lanzar un ¡oh! de estupor á cada paso; sentir que nuestra imaginacion se dilata y exclarece; desear en un tiempo mismo llegar pronto, y no llegar jamás; afanarse por verlo todo; preguntar mil cosas á los vecinos; hacer el dibujo de uua aldea y bosquejar un grupo de aldeanos; decir diez veces cada hora: «¡Estoy aquí!», y pensar que un dia lo contareis punto por punto, es seguramente el más intenso y el más vário entre los placeres humanos.